

Érase una vez, en un pueblo llamado Gandiol, situado al Norte del país africano llamado Senegal, una aldea pequeña llena de magia. Existía magia en todos los sentidos, en todos los lugares y personas que la habitaban.

Gandiol se encontraba llena de arena de la playa. Todo lo que se veía alrededor estaba sobre la arena que había ido llegando durante mucho tiempo desde la preciosa playa que tenía; también reinaban en él palmeras de cocos, árboles que curaban muchas enfermedades y una gran cantidad de plantas con frutas que aquí no se conocían. Al final de la playa, se encontraba un faro que alumbraba y hacía de guía en las calurosas noches a los pescadores del pueblo, que salían día tras día a pescar con sus inmensos cayucos pintados de miles de colores. Allí, se encontraba siempre un hombre mayor negro y con una enorme barba blanquinegra que resaltaba sobre la gran luz del sol que azotaba el mar. Siempre estaba sentado bajo un techo de paja y cañas donde escribía y pintaba; era su espacio de creatividad e inspiración. Escribía y pintaba sobre la vida de su aldea, sobre su país, sobre las cosas malas que hacían y hacen las personas en el mundo. En la inmensa orilla de arena se veían muchos, muchísimos cangrejos que danzaban y jugaban al son de sus enormes pinzas día y noche, a la espera de poder alcanzar cualquier comida que llevarse a su boca.

Pegado a la orilla se encontraban casitas pequeñas donde vivían muchas familias, puesto que en ese pueblecito que no había mucho dinero, pero mucha magia, tenían que vivir las familias enteras dentro de una casa. Las abuelas y abuelos, las madres y padres, hijas, nietos, todos vivían debajo de un pequeño pero mágico techo donde tenían que compartir todo lo que poseían. Lo más mágico de todo era, que apenas tenían televisores ni móviles y así, podían compartir durante mucho tiempo hablando y contando en comunidad todo lo que les iba sucediendo.

Dentro de esa aldeita, existía una casa, un poco más grande en la que vivía una pequeña niña llamada Jadi, hija de una madre blanquita, tan blanquita que podría pasar desapercibida entre la nieve. Era de un pueblo de Galicia, del Norte de España y su padre, nacido en la aldea en la que vivían, era negro, tan negro, tan negro, que apenas podía quemarse ante el sol ardiente.

Jadi, era una una niña muy inquieta y juguetona, le encantaba bailar, hablar con todas las personas que veía, ya fueran adultas o pequeñas. Le daba igual, lo único que le interesaba era hacer lo que pensaba en el momento. A veces, se dedicaba a pintar, otras hablaba en Wolof, el idioma que se hablaba en el pueblecito, y otras muchas en español, en francés, incluso algunas veces se inventaba un idioma para hablar con quien fuese, puesto que quería aprender todos los idiomas que pudiera para así, cuando fuese un poco más mayor, comunicarse con todas las personas posibles del

mundo. Tenía un patio enorme lleno de árboles y arena, también una tortuga gigante, a la que le daba cada vez que se terminaba de comer, los trozos de sandía que sobraban. Así, no tiraban casi nada a la basura.

A las 8:30 de la mañana, después de un desayuno que hacía con todos y todas las que se encontraban en la casa, cogía camino hacia la escuela. El camino también era mágico. Recorría desde su casita 200 metros de en el que se encontraba a otros niños que también iban a su clase, a casitas con las madres en las puertas saludándose entre unos y otras diciendo: !Sabah! !Sabah bien! !Mangadef? Magui fi!! y continuaban su camino. También era asombroso cuando aparecían y se cruzaban ardillas, burros, vacas y una gran cantidad de aves de muchos, muchísimos colores.

Una vez en la clase, se veía que era totalmente diferente a las clases que conocéis; era un aula que se había construido con botellas de plástico llenas de arena para reciclar y hecha por los vecinos de la zona y otras mucha personas venidas de muchas ciudades de España para que así, pudiesen aprender. Dentro, estaba llena de colores y había cerca de cincuenta compañeros y compañeras que compartían lo poco que tenían. Les daba igual, porque aprendían, jugaban y recitaban poesías todos juntos; los que tardaban en aprender, eran ayudados por las que más sabían y así, iban creciendo y aprendiendo como un grupo y lo más importante, a trabajar en equipo. Lo más asombroso de todo era que no tenían mucha ropa, ni muchos bolígrafos ni colores, pero estaban siempre sonriendo y riéndose a carcajadas. De hecho, la madre y padre de Jadi y otros voluntarios de la aldea y de España, crearon una asociación para trabajar por el crecimiento del pueblo y del colegio y el nombre que le pusieron fue Hahatay, que en Wolof significa reír a carcajadas. Ésta, era la característica más destacada de allí.

En esa asociación, que poco a poco fue creciendo, iban y venían muchos voluntarios y voluntarias de todas partes del mundo, sobretodo de España, porque querían ayudar y colaborar para que el pueblecito mágico creciera y sus habitantes pudiesen atender a los más necesitados posibles. Así poco a poco se fue construyendo dentro del patio del aula una biblioteca para que los niños y niñas pudiesen leer todo lo que quisieran, un escenario para que pudiesen hacer música, cantar, hacer teatro y cualquier actividad que se les ocurriera. También se construyó un espacio en el que pusieron en marcha una radio para así, practicar el lenguaje en grupo y contar todas las actividades que hacían en el colegio y ocurrían en el pueblo. Estaban todo el día pensando ideas de todo tipo.

Las noches, también eran mágicas. Cuando miraban al cielo, se encontraba lleno de estrellas. Jadi y Nora, una amiga que tenía que había sido adoptada por una buena familia de un pueblecito de Suecia, un país de Europa, y que llevaban 20 años viviendo en allí, se ponían a contarlas.

Nunca podían terminar, puesto que estaba tan lleno de estrellas que era imposible contarlas todas. Entre los niños y niñas de la aldea la llamaban las niñas guerreras. Imaginaban dibujos en las estrellas;

decía Nora: !Mira Jadi, un oso! y Jadi miraba asombrada; !

Mira Nora, una corazón! y se miraban sonriendo;

... y cuando se cansaban de imaginar dibujos, hablaban de sus sueños.

Jadi decía que quería trabajar para que todos los pueblecitos del mundo fuesen mágicos y en el que todos los vecinos de todos esos pueblos se respetaran y colaboraran en seguir creciendo juntos; y Nora, que no había podido ir a la escuela pero sabía mucho, pensaba en que cuando fuese mayor, le gustaría crear una asociación que trabajara para que todas las niñas y niños del planeta pudiesen estudiar e ir a la escuela; y así, sin darse cuenta, sin saberlo, las dos niñas guerreras y luchadoras , tenían un sueño conjunto que era que todos los pueblos que existen pudiesen crecer con sus habitantes colaborando en los trabajos de limpieza de las calles, playas y montes, en el buen recibimiento de otras personas que vinieran de otros pueblos, en la creación de más escuelas y, en que se permitiese entrar a ellas quienes no pudieran, sobre todo, que pudieran participar en las decisiones importantes para mejorar donde vivieran, ya fueran mayores, adultos o pequeños, puesto que todas y todos debemos trabajar y aprender en equipo para mejorar el mundo y que llegue a ser tan mágico como Gandiol.